

## PALABRAS DEL GRAN CANCELLER DE LA UNIVERSIDAD EN LA CEREMONIA DE GRADUACION DE LA PRIMERA PROMOCION DE MEDICOS DE LA U.P.B.

En estos últimos diez años, nuestra Universidad Pontificia Bolivariana, que camina con paso firme hacia sus bodas de oro, ha tenido dos grandes aciertos que la colocan a la par de las grandes Universidades Católicas y la acercan más al clásico modelo que hizo de estos centros focos de irradiación en todos los campos del saber: ha irrumpido en el área de las Ciencias Eclesiásticas con la creación de la Facultad de Teología, gracias al reciente Decreto Pontificio, a lo cual se agrega la recién creada Facultad de Filosofía, y ha abierto sus puertas a las Ciencias de la Salud con la creación de la Facultad de Medicina.

Nos llevan aquellas a tender la mirada sobre la gran realidad que es el hombre en su ser y en su quehacer terreno y en el sentido trascendente de su destino, según los designios de Dios, y nos adentra la Medicina en el misterioso proceso de la vida y se esfuerza por colaborar en su conservación y desarrollo.

Meritoria labor ha sido la de la Facultad de Derecho, matriz fecunda donde se gestó la Universidad y cátedra permanente de los derechos humanos, que garantizan la armoniosa convivencia de todos en una cristiana civilización de hermanos que se glorían de ser hijos de Dios; han prestado invaluables servicios las Ingenierías y la Arquitectura, con su hermana la Facultad de Diseño, para hacer más amable el hábitat del hombre, razón y medida de la técnica; estudian el actuar del hombre en sociedad las diferentes disciplinas que tienen que ver con su comportamiento y comunicación; pero era necesario que todo este vasto panorama estuviera iluminado por la visión cristiana que del hombre nos da la Teología, y complementado con el aporte que las Ciencias de la Salud nos brindan para el completo bienestar.

La necesidad de una Facultad de Medicina en nuestra Universidad Bolivariana se hacía sentir; su presencia era esperada desde hacía tiempo en estos claustros, que contemplaban vacía una silla que en los albores mismos de su vida ocuparon quienes, con certera visión de futuro, iniciaron un primer esbozo de Medicina que no logró entonces, por diversas circunstancias, la mayor edad. Hoy, en cambio, con orgullo puede presentar ante la nación y ante el mundo una Facultad bien estructurada, con un Profesorado que honra nuestros claustros, y guiada por manos expertas, cultidas en

las lides académicas, y que hoy entrega a la sociedad una primera promoción de médicos que abren brecha, que deben marcar una pauta y señalar senderos de competencia científica, de honradez profesional y de estricta moral, que habrán de ser los distintivos de los egresados de esta, ya grande, Facultad de Medicina.

Desde que se abrieron por primera vez las aulas para la docencia académica de Medicina en la medieval escuela de Salerno, las Universidades que iban surgiendo en el Viejo Mundo no consideraban cumplida su misión si no albergaban en su seno las escuelas de Medicina y de Teología, que como hermanas convivían en los vetustos claustros. El birrete del teólogo alternaba con la blanca blusa del médico en las aulas y pasillos. Testigos de ello Bolonia y Montpellier, París y Nápoles, por no citar sino algunos ejemplos más salientes. Así expresaba la Iglesia el aprecio que ha tenido siempre por la Medicina, al otorgarle sitio de honor en sus centros de altos estudios. En esta forma nuestra Universidad Bolivariana recoge complacida y con honor una herencia de nuestros mayores y adquiere una plena madurez al acercarse al medio siglo de existencia.

Es la Medicina una de las ciencias, por así decirlo, más humana; un centro hacia el cual convergen todas las ramas del saber que tienen que ver con el hombre. Con razón la antigua escuela de Salerno hacía preceder los cinco años de estudio de la Medicina, de tres intensos años de ajetreo por los campos de la Filosofía. Es el médico el profesional que más de cerca y más a fondo tiene que ver con el hombre, el que llega hasta lo más hondo de su ser: su acción interviene, y con qué respeto debe hacerlo!, en todo el proceso de la vida humana. Asiste con religiosa actitud al maravilloso proceso biológico que culmina en una persona humana; recibe en sus brazos el fruto de la fecundidad del amor humano; dirige y orienta el proceso de crecimiento del niño hasta hacer de él un adolescente y un adulto y no lo abandona en toda su existencia protegiendo la vida de los peligros, sanando sus males y heridas, reconstruyendo a veces, con los maravillosos procedimientos de la cirugía moderna, los miembros y tejidos que la enfermedad deteriora; se hace presente, con la geriatría, en el ocaso de la vida, y a él corresponde determinar, con certeza científica, los factores que han llegado a segar una existencia. Es decir: el Médico es el hombre más próximo a su hermano, el hombre, en todos los momentos de su existencia. He aquí por qué en la antigüedad el arte de la Medicina llegó a considerarse oficio de sacerdotes, y en nuestra cultura moderna la comunidad le señala un puesto de honrosa distinción.

Los problemas que afronta nuestra actual civilización dominada por la técnica, nos han mostrado cómo es diferente la forma de afrontar las realidades de la salud y de la enfermedad en el médico creyente y en el que carece de fe. Y aquí reside el motivo principal que justifica y explica la presencia de una Facultad de Medicina en una Universidad Católica. La Ciencia y la Técnica, así sea la exactitud de las matemáticas o la experiencia del laboratorio, pueden llegar a ser una amenaza contra la vida y dignidad del hombre, cuando humanismos de mirada corta y achatada, sin proyección hacia un destino eterno, iluminan las mentes y guían la acción de los hombres. Ya lo dijo el Papa Juan Pablo II en su mensaje a la Conferencia de Puebla: "La afirmación primordial de esta antropología (cristiana) es la del hombre como imagen de Dios, irreductible a una simple parcela de la naturaleza, o a un elemento anónimo de la ciudad humana... Frente a otros tantos humanismos, frecuentemente cerrados a una visión del hombre estrictamente económica, biológica o síquica, la Iglesia tiene el derecho y el deber de proclamar la Verdad sobre el hombre, que ella recibió de Jesucristo. Ojalá no impida hacerlo ninguna acción externa. Pero, sobre todo, no deja ella de hacerlo por temores o dudas, por haberse dejado contaminar por otros humanismos, por falta de confianza en su mensaje original".

Queridos nuevos médicos bolivarianos:

Junto con la competencia científica, la Universidad ha querido transmitir su mensaje integral sobre el hombre como nos lo entrega una visión cristiana. Sin desmedro de vuestra ciencia y de la aplicación de las técnicas que vuestra profesión aconseja, habréis de saber atemperar vuestra conducta con las exigencias de la dignidad de la persona humana, sagrado recinto al que nadie debe penetrar violando derechos, ultrajando la dignidad de hijos de Dios. Considerad el ejercicio de vuestra profesión, no como un medio de subsistencia que os hace correr el riesgo de mercantizarla y rebajarla, sino como un honroso servicio a los hermanos, cuyo ejercicio os deparará, ante todo, la gratitud y el respeto de vuestros semejantes, sin excluir el derecho a una justa y proporcionada retribución que compense vuestra dedicación y pericia. Habréis de considerar la vida, aun aquella que está en proceso, como un don divino, a cuyo desarrollo y conservación os honraréis en contribuir. Os corresponderá estar presentes en los momentos más cruciales de la vida humana; no podéis ser simples espectadores o actores con la frialdad del científico; sois hermanos que con cariño y responsable solicitud trataréis de curar las dolencias tanto del alma, como del cuerpo, porque vuestra presencia y vuestra actitud será, a menudo, más reconfortante que los fármacos que vuestra ciencia pueda aconsejar. Vosotros mismos quizás, seréis testigos de la huella que pudo dejar en vuestras vidas la prudente y acertada actuación de un médico que en un momento dado orientó vuestras vidas, a la vez que curó vuestras dolencias corporales.

Quisiera en este momento citar lo que hace unos pocos días, en memorable ocasión, dijo la Madre Teresa de Calcuta a los médicos de un hospital romano: "La profesión del médico es la misma profesión que desempeñó Jesús cuando iba por los caminos de Palestina en busca de los enfermos para curarlos. Por eso yo creo que la misión del médico no es una simple profesión. Es una verdadera vocación, la de sanar a los que sufren. Los enfermos vienen a vosotros, señores médicos, no sólo para recibir medicinas, sino para recibir también vuestro amor". Y ante los planteamientos antinatalistas dijo enfáticamente: "El mundo se siente presa del miedo: miedo por el niño que va a nacer, miedo por tener que alimentarlo y educarlo. Muchos quieren liberarse de este miedo condenando a muerte al niño por el aborto. Qué bello es pensar que fue precisamente un niño que todavía no había nacido el que, antes que nadie, dió saltos de alegría en el seno materno para saludar al Salvador. Fué Juan Bautista!".

¿Veis cómo enfoca los problemas y las dolencias humanas alguien que está iluminado por la fe cristiana y sabe que al servicio de este hombre, hijo de Dios, han de ponerse todos los recursos de la ciencia y de la técnica?

Al poner en vuestras manos el diploma que atestigua que sois idóneos para ejercer vuestra profesión de médicos y cirujanos, la Universidad, y con ella la Iglesia, abriga la confianza de que vuestra lealtad a los principios será inquebrantable y vuestro honor de médicos bolivarianos nunca se verá mancillado.

*Alfonso López T.  
Gran Canciller de la Universidad  
Enero 22 de 1982*